

Manuel Ciges Aparicio, biógrafo de Costa

Por
CECILIO ALONSO

INTRODUCCIÓN

Luis Fernández Cifuentes en su libro *Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República* ¹ ha recordado las limitaciones con que el género biográfico se desarrolla en nuestro país antes de 1927. Ya “la generación de los intelectuales había tratado en varias ocasiones de llenar el vacío de biografías que presentaba la historia de la cultura española, comparada con la de otros países europeos (especialmente Francia e Inglaterra). En 1915, una efímera colección publicada por la editorial de la Residencia de Estudiantes, divulgó varios modelos más o menos clásicos del género”. Pero nada se ensayó entre nosotros que pudiera parangonarse, por ejemplo, con la renovación de los procedimientos de la biografía que por aquellos años acometía en Inglaterra Lytton Strachey con su *Eminent Victorians* (1918). “La mayor novedad de las biografías de Strachey era que los datos y las anécdotas de cada vida aparecían ordenados y seleccionados según un *punto de vista* crítico que nunca daba por supuesta la ejemplaridad del biografiado y confería a todo el trabajo cierta calidad novelesca.”

En España fue Ricardo Baeza quien, en 1927, desde las páginas de *El Sol* ², inició una revisión detenida de la biografía y de su evolución como género histórico-literario, de Plutarco hasta Boswell, Maurois y Strachey: Baeza fue el primero en sugerir por escrito “que los desafortunados autores de la nueva novela se iniciaran en los trabajos biográficos, por siempre ausentes de la literatura española”. Y en parecida línea aportaron puntualizaciones y sugerencias Antonio Marichalar, Eugenio d’Ors, Ramón Pérez de Ayala y Angel Sánchez Rivero.

En 1928 se tradujeron algunas de las nuevas biografías que mayor éxito habían tenido en Europa y se hicieron las primeras reflexiones metodológicas. Marichalar se encargó de explicar la *moda biográfica*, siendo el primero en interesarse por la renovación de sus recursos técnicos: a) aplicación de los métodos de investigación psicológica, b) el trazo firme de la expresión novelística, c) el abandono de la erudición por la erudición, d) el descubrimiento de la “oportunidad” como único valor del dato y del “ambiente” como último propósito ³.

Como consecuencia, las casas editoriales españolas inician su acercamiento al género: en 1928 *Biografías La Nave* remozaba el catálogo de la antigua *Atenea*, abriendo el fuego de la nueva moda, aunque sus textos no tenían un carácter verdaderamente innovador. Fue Ortega quien, en algún momento de aquel año concibió la colección *Vidas Extraordinarias del Siglo XIX*, encargando a Melchor Fernández Almagro la dirección de proyecto y asignando diversos personajes a sus discípulos novelistas. Rosa Chacel, Antonio Espina, Benjamín Jarnés... —entre los narradores de la última generación— se aplicaron de inmediato al cultivo del género. Con tales antecedentes la editorial *Espasa-Calpe* acoge la idea de publicar una monumental serie biográfica dedicada al siglo XIX, camino que intentaría seguir el editor Manuel Aguilar, poco tiempo después. En ambas series colaboró Manuel Ciges Aparicio con sendos libros sobre Costa.

FUENTES

En el primero de ellos ⁴ ya trabajaba durante el verano de 1929, aprovechando su residencia en Zaragoza, ligado a la empresa del diario *La Voz de Aragón*, como consejero técnico. Ciges visita Barbastro, Monzón y Graus. Se entrevista con Tomás Costa, quien le permite consultar los cuadernos manuscritos de *En este valle de lágrimas*, el memorial que Costa redactó entre 1864 y 1878. Su sobrina Balbina le descubre pormenores íntimos relativos a los últimos años de su tío. Recibe informaciones verbales y epistolares; indaga en colecciones hemerográficas; fuerza su memoria para actualizar anécdotas escuchadas en su juventud a Alfredo Calderón, al redactor de *El País* Carlos Soler...; ordena sus propios recuerdos directos de Costa en Zaragoza y en Madrid, entre 1903 y 1907. Las fuentes se incorporan al relato con suma espontaneidad, sin el menor alarde de erudición, a través del recurso de adoptar un punto de vista pendular que pasa alternativamente del presente de la investigación al presente de lo

investigado. El relato adquiere así una movilidad muy sugestiva para el lector, aproximándolo a la óptica del *narrador-pesquisidor*, despojado de todo asomo de omnisciencia gratuita. Trataremos, a continuación de resumir las principales fuentes documentales manejadas por el autor para dar cima a su trabajo:

a) *Manuscritos y epistolarios de Joaquín Costa*

- *En este valle de lágrimas*. Cuadernos manuscritos de Costa con notas de su juventud. Ciges valora la fuente del siguiente modo: «Comienzan en 1864, poco después de llegar a Huesca, y terminan en 1878. Antón del Olmet hizo abundante uso de esos papeles, y a ellos hay que acudir para saber del autor en sus dolorosos años de estudiante.»
- Carta de J. Costa a Luis Bello, 30-8-1908.
- Epistolario de Joaquín Costa a Manuel Bescós (*Silvio Kosti*), quien había muerto en 1928. Su hijo, Rafael Bescós facilitó a Ciges las cartas manuscritas, una de las cuales se reproduce en facsímil.
- Correspondencia de Joaquín Costa con los fiduciarios de La Solana.

b) *Informaciones verbales o epistolares*

Hay referencias a Tomás Costa, Balbina, Marcelino Gambón, Rafael Altamira, Antonio F. Mayorales, abogado de La Solana en 1929, al presidente del Centro Republicano de aquella localidad manchega y a Basilio Paraíso.

A estas referencias hay que añadir otras de informantes anónimos que no por ello debemos ignorar para valorar la investigación de Ciges. Así recoge datos en Monzón; de un joven sacerdote que le refiere una anécdota sobre el anticlericalismo de Costa; de los amigos de Costa en Graus; anónimos testigos presenciales del discurso de Costa en el Pignatelli de Zaragoza en 1906, y otras fuentes anónimas zaragozanas hacia 1928-29.

Por último, consignaremos también en este apartado las anécdotas que el propio Ciges pudo escuchar personalmente en vida de Costa a republicanos y periodistas de la primera década del siglo XX. Citemos a Alfredo Calderón, Carlos Soler y Darío Pérez.

c) *Recuerdos personales del autor*

Fuente muy amplia y variada que introduce un elemento vivo y original en el relato:

- Encuentro de Giges con Joaquín Costa en la biblioteca del Ateneo de Madrid, en el invierno de 1909, cuando éste fue por última vez a la capital, en busca de materiales para su obra póstuma *Ultimo día de paganismo...* Breve diálogo en el que Costa se pronuncia contra la presencia de España en Marruecos, que ya consideraba tardía.
- Evocación del fervor republicano en la primavera madrileña de 1903 y en la redacción de *El País* tras la intervención de Costa en el Frontón Central, en abril de aquel año.
- Sus relaciones con J. Costa durante su período de director de *El Progreso* (Zaragoza, 1903-1904).
- El viaje de Costa a Madrid para participar en el debate sobre el proyecto maurista de ley contra el terrorismo, en 1907. Testimonio *de visu*.
- Ciges utiliza su experiencia del mundo editorial francés para ironizar acerca de una alusión de Costa a José Jerique, donde el aragonés sobrevaloraba cándidamente la función del traductor.

d) *Fuentes hemerográficas*

Alude a artículos o estudios sobre Costa firmados por: Luis Bello, Hermenegildo Giner de los Ríos, Roberto Castrovido, Francisco Goitia y Aznar Navarro. Y parece haber consultado colecciones hemerográficas de las publicaciones siguientes: *El Alto Aragón, Diario de Huesca, Revista Europea, Revista de España, Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, La Voz de Guipúzcoa, La Correspondencia de España, Diario de Zaragoza, La Vanguardia, El Ribagorzano, España Nueva, El Imparcial, La Epoca*, entre otros diarios madrileños y zaragozanos.

e) *Fuentes bibliográficas*

Aparte de las obras publicadas de Joaquín Costa, sólo alude al trabajo de Luis Antón del Olmet, *Los grandes españoles. Costa* (Madrid, 1917).

Baste este último dato para comprender que la riqueza de la biografía elaborada por Ciges no radica en su dependencia libresca sino de un tipo de documentación más directo y diverso; también más atractivo para el lector medio, aunque no por ello menos interesante desde el punto de vista documental. A su manera Ciges estaba respondiendo a los aires renovadores del género biográfico, potenciando —entre los rasgos tipificados por Marichalar— la densidad novelesca del relato y el rigor sin erudición.

En lo que atañe al primer aspecto, debemos decir que el plan de la obra posee evidente modernidad, porque el punto de vista de narrador corresponde al de un personaje secundario que sólo excepcionalmente interviene en la acción y que por tal condición tiene pleno derecho funcional a jugar con la dimensión temporal, saltando frecuentemente del presente al pasado. A ello sumamos cierta vaguedad cronológica que, si bien puede ser dañosa en el aspecto histórico, incrementa el valor literario; ironía para enmendar algunas fuentes con la propia experiencia del narrador-investigador acerca de la cuestión tratada, con lo que cumple el precepto de evitar la hagiografía sublimadora y la inclusión de un epílogo distanciador —*Después*—, similar en su función narrativa a los que solía insertar en sus novelas (desde *La romería* a *Los caimanes*) que tiene la virtud de conferir valor ideológico global al texto en relación con la conyuntura histórica. Ciges sabe muy bien que la imparcialidad total no suele estar al alcance del historiador, por mucha objetividad que los datos aporten a su trabajo.

Precisamente en el citado epílogo residía el fulminante coyuntural que suscitó el mayor interés de los críticos en el momento de la aparición del libro, hasta el punto de ser considerado *Libro del Mes* (julio de 1930) en la estimación de un jurado formado por Azorín, Sáinz Rodríguez, Díez-Canedo, Ricardo Baeza y José M.^a Salaverría: nos referimos a la manipulación ideológica que el dictador Primo de Rivera había intentado hacer de la herencia regeneracionista de Joaquín Costa. Ciges había concluido sarcásticamente su biografía aludiendo a tal fenómeno, todavía fresca su materialización en el monumento que, a instancias de García Mercadal, se había erigido en Graus: «Ese monumento, inaugurado el 19 de septiembre de 1929 por un dictador que se proclamó discípulo de Costa, fue el último fracaso del que soñaba en 1874 con otro género de dictadura».

Este libro fue objeto, por parte de la crítica periodística, de una atención muy superior a la que se solía prestar a las obras creativas del

autor. ¿A qué era debido? En realidad no se ignoraban las virtudes literarias de la biografía, pero no era éste el aspecto que centraba el desmedido interés. Quien suscitaba la discusión era realmente Joaquín Costa como reivindicación republicana, en unas circunstancias críticas en que la oposición española se disponía a asaltar por fin el poder y trataba de recuperar sus grandes mitos históricos. Recuérdese que, pocos años antes, el propio Manuel Azaña había arremetido contra Costa tratando de herir indirectamente al Dictador ⁵. Pero, ante los momentos decisivos que se avecinaban, la cuestión del aprecio de la generación finisecular se había replanteado. Los del 98 y aledaños ya no eran unos «putrefectos», como habían afirmado los «terribles» jóvenes surrealistas de la Residencia de Estudiantes ⁶. La prensa hacia 1930 ofrece frecuentes documentos de estimación por la generación del *Desastre*: se repiten homenajes que disfrazan actos de afirmación republicana y abundan artículos revalorizando la obra de los escritores viejos.

En tal contexto aparece el trabajo de Ciges sobre Joaquín Costa, y la respuesta es muy significativa. Desde los mayores —Luis Bello, Castrovido, Juan José Morato, M. Fernández Almagro, García Mercadal, Aguilera y Arjona— hasta los jovencísimos Jorge Rubio y José Díaz Fernández, pasando por Cristóbal de Castro, Arturo Mori, J. L. Benito, Criado Romero y otros, se concitan para evocar la figura del *león de Graus*, erigida en símbolo de un fracaso que urgía conjurar para el inmediato futuro. Un oportuno artículo de Roberto Castrovido resumía los términos de aquel alarde publicístico que, por sus coincidencias últimas, tenía más de concierto coral que de controversia, en las páginas del diario *El Pueblo*:

«Se discute qué hubiera hecho Costa de vivir el 13 de septiembre de 1923 ¿Se habría situado desde luego enfrente del golpe de Estado perpetrado en Barcelona o se habría colocado al lado del dictador que se arrojó a descubrir el busto regalado a Graus por los hermanos Mercadal y se proclamó discípulo del grande hombre representado en la escultura?»

Ya en la dubitación hay un reconocimiento de las contradicciones en que vivió el gran Costa. Nadie pregunta de la actitud de Pi y Margall, de Salmerón, de Giner de los Ríos (don Francisco), si hubiesen vivido el día nefasto del golpe de Estado de Barcelona. Nadie lo pregunta porque nadie duda de que esos hombres se hubieran colocado frente al general elevado a la dictadura.

¿Y Costa qué hubiera hecho en los primeros momentos, días, pues después a nadie le cabe la duda que hubiera estado enfrente?...»

Y tras resumir los matices de diversos opinantes, entre ellos el propio Ciges Aparicio, concluía Castrovido:

«A mi parecer Costa no hubiese tomado por un cirujano a un curandero, por dos razones hasta ahora no aducidas: porque Costa, como se prueba y comprueba en el libro de Ciges Aparicio, era racionalista, heterodoxo y anticlerical, y la dictadura fue clerical, sacristanesca. En nombre de Dios hablaba siempre el Dictador, ofrendó su vida al apóstol Santiago y prohibió conmemoraciones que pudieran molestar a los carlistas: la del saqueo de Cuenca y la del 2 de mayo de Bilbao.

Y además Costa no era militarista. Bastaba que el primer gobierno presidido por el general Primo de Rivera estuviese formado por generales, para que el hombre de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, de las Uniones de Contribuyentes y Cámaras de comercio y de la Unión Republicana no hubiese aceptado el golpe de Estado ni siquiera un minuto después de ser bendecido el general dictador por el obispo de Barcelona»⁷.

Como se deduce de estas líneas el objetivo republicano de recuperar la figura de Joaquín Costa aprovechando el libro de Ciges ofrece pocas dudas.

En cuanto al aspecto literario de la biografía se hicieron muy pocas apreciaciones dignas de resaltarse. La escala de apreciaciones oscila entre el elogio desmesurado y la leve reticencia desde la «vanguardia» para poner en duda la idoneidad del escritor para abordar la empresa de biografíar a Costa: éste sería el caso de Jorge Rubio en *La Gaceta Literaria*:

«Ciges Aparicio, gran periodista, alcanzó años de la vida de Costa, formó parte de la España admirativa del apóstrofe y conserva una gran devoción por el gran hombre aragonés; circunstancias éstas que perjudican una construcción de tan serena objetividad cual la biográfica. En gran parte del libro nos falta el paisaje español donde Costa vive y actúa. En la obra de Ciges todo son miradas a la actitud bronca, a las greñas rebeldes, a la iracundia incontenible, a la palabra de aire violento y total; a la voz *jupiterina* del *león de Graus*».⁸

A seguido el comentarista confiesa su «fundamental antipatía» por Joaquín Costa, lo que condiciona, sin duda, su valoración del libro. En cambio para otro joven intelectual, José Díaz Fernández, Costa era «el ejemplo de un hombre estrangulado por su propio pueblo; mejor dicho, por las clases directoras de su pueblo». Y consideraba la biografía de Ciges un trabajo excelente que sabía mostrar la diferencia de Costa sin necesidad de explicarla. Es decir, que apreciaba modernidad expresiva en la biografía⁹.

Añadamos nosotros que, al margen de las cualidades ya aludidas, hay en *Joaquín Costa, el gran fracasado* un plan que podría calificarse de novelesco, cuyo clímax progresivo Ciges conduce con habilidad: un héroe impulsor y creativo constantemente acosado por la adversidad, a quien el destino no concede una sola oportunidad de triunfo antes de

determinar su definitiva derrota y que, sin embargo, es una desbocada potencia de optimismo. Para que nada falte, el autor neutraliza la admiración que pudiera sentir por el personaje mediante el instrumento crítico del epílogo que confiere relatividad histórica al contenido de su obra. En 1971, George J. G. Cheyne, el más autorizado biógrafo de Costa, al hacer una valoración de sus fuentes no dudaba en afirmar que Ciges Aparicio trató de «presentar un retrato equilibrado y sincero» y que su libro era el mejor que se había escrito sobre la vida del ilustre aragonés.

En 1934 Manuel Ciges Aparicio bisaba su trabajo sobre Costa para la editorial de Manuel Aguilar. Se trata de una reducción de la biografía comentada, con la adición de una antología de textos ¹⁰, que no añade nada especial a lo ya dicho.

NOTAS

¹ Madrid, Gredos, 1982.

² *El Sol*, 2 y 7 de mayo de 1927.

³ Apud. LUIS FERNÁNDEZ CIFUENTES, *Ibid.*, pág. 345

⁴ Joaquín Costa. *El gran fracasado*. Madrid, Espasa-Calpe, 1930, 264 págs.

⁵ Cf. MANUEL AZAÑA, «¡Todavía el 98!», en *Plumas y palabras*, Madrid, C.I. A.P., 1930.

⁶ Cf. RAFAEL ALBERTI, *La arboleda perdida*, Buenos Aires, Cía. Fabril Editora, 1959.

⁷ ROBERTO CASTROVIDO, «¿Qué hubiera hecho Costa?», en *El Pueblo*, 26-7-1930.

⁸ JORGE RUBIO, «Costa o el temperamento», en *La Gaceta Literaria*, n.º 88, 15-8-1930.

⁹ JOSÉ DÍAZ FERNÁNDEZ, «Los libros nuevos (Ojeada semanal)», en *El Sol*, 20-7-1930.

¹⁰ M. CIGES APARICIO, *Joaquín Costa. Siglo XIX*, Madrid, Aguilar (1934).

